

Acá creciendo con la edad el vicio;
Dando traspiés, codazos, pisotones,
De borracho y mendigo con la audacia
Penetró entre la turba. Aproximóse

A los dos personajes cordobeses,
Y mirando al mancebo, en roncas voces
Mal pronunciadas exclamó: «¡Milagro!!!
¡Y milagro patente!!!... Este es, señores,

»Gonzalo, de mis amos el más chico,
Vedle tan mozo y de tan sano porte,
Como aquel día que venció en la justa
Al montañés gigante; y este noble

»Anciano que amoroso le conduce,
Es el patriarca Abran. Los reconocen
Mis ojos, y los ven sin estrellitas,
Pues no he catado el vino desde anoche.

»¡Milagro!!! sí... ¡milagro, y gran milagro!!!»
A tan extraños gritos levantóse
Sordo rumor entre la espesa turba,
Y apiñándose todos en desórden

Sobre aquel que los daba, al conocerle,
Rompen en carcajadas. Mas el pobre,
A quien más que los piés la frente pesa,
Entre tantos vaivenes y estrechones

No pudiendo tenerse, cayó al suelo,
Y lo regó del vino, que la noche
Anterior se bebiera, según dijo,
Y á que debió su perspicacia entónces.

Efecto sin embargo produjeron
Su extraña idea y balbucientes voces.
El cordobés mancebo, al escucharlas,
De púrpura esmaltó su rostro noble:

El del anciano se cubrió de gozo;
Y á varios de la villa despertóles
Recuerdos de lo antiguo; pues al punto
La semejanza extraña reconocen,

Que hay en talle, semblante y apostura
Entre Gonzalo Lara y aquel jóven.
Otros que al viejo musulman observan,
Notan que su figura es muy conforme

A una estatua antiquísima de mármol,
De senador ó cónsul, que de poste
En una esquina de la iglesia estaba,
Y á quien de Abran le daba el vulgo nombre(32).

Advirtióse también, que por las calles
Con la certeza va de quien conoce
Perfectamente el sitio: circunstancias,
Que tomando al momento los colores,

Con que las cosas más comunes vuelve
Prodigios la ignorancia de los hombres;
Hace de aquellos huéspedes personas
Del otro mundo. Pronto acrecentóse

Tan rara especie, y adquirió gran cuerpo
En la imaginación y en las pasiones
Femeniles; pues viejas y muchachas,
Que es Gonzalo aseguran y suponen;

El alma de Gonzalo, que vestida
De fantásticas formas, y por órden
Del justo cielo, á consolar al padre
Viene, y á castigar calumniadores.

Ya entre la muchedumbre circulaba
Con gran asombro de *Gonzalo* el nombre;
Cuando la cabalgada del palacio
Llegó á la plaza, y al entrar, paróse.

El viejo cordobés, notando al punto
Tapiados la alta puerta y los balcones,
Y los signos de afrenta y de ignominia
(Que al momento cual tales reconoce),

Retembló, suspiró, y algo le dijo
En su arábica lengua al tierno jóven,
Que grande agitación también mostraba.
Y picando de nuevo, dirigióse,

Sin preguntar á nadie, del palacio
El postigo á buscar, cual quien conoce
Perfectamente el edificio; y muda
La turba inmensa en confusión siguióle.

En conjeturas varias divertido
Aún Lara estaba en su sillón de roble,
Disputando con Nuño, y rodeado
De escuderos y armados servidores;

Pero el vecino estruendo de herraduras,
El crujir de las armas, los rumores
De la confusa muchedumbre oyendo,
A retirarse cauto se dispone;

Y por dos escuderos sostenido
Estaba ya de pié, cuando en desórden
Ante él la mora y castellana gente,
Y la caterva popular paróse.

Lo advirtió, y levantando la cabeza,
Vistió de dignidad su aspecto noble;
Y el anciano andaluz en él los ojos
Clavando ansioso, en resonantes voces

Dijo al tierno mancebo: «Este es tu padre:
Ante sus plantas á arrojarte corre,
Y absorto el mundo al verte entre sus brazos,
La Providencia omnipotente adore.»

No había terminado estas palabras,
Cuando el mozo, dejando los arzones,
Exclamó: ¡Padre!!! y prosternado en tierra,
Del ciego á las rodillas abrazóse.

Al mismo tiempo conociendo Nuño
Al anciano, cual fuera de sí, rompe:
«Oh Zaide!... oh bienhechor!... oh tierno amigo!»
Y se arroja en sus brazos. Yerto, inmóvil

Lara quedó. La falta de los ojos
Le sumerge en un mar de confusiones.
De ambos moros la voz no le es extraña...
Mas cuando al docto Zaide nombrar oye,

Y siente que le estrechan unos brazos,
Y repetir de *padre* el dulce nombre,
Y que en sus manos trémulas se imprimen
Unos labios de fuego; reconoce

Toda su dicha, y embargada el alma,
En el sillón sin fuerzas derribóse.
Mudarra, Zaide, Nuño, el Arcipreste
A darle auxilio en derredor se ponen;

Callando el pueblo, que asombrado mira
Prodigios donde quiera y confusiones.
Mas no volviendo Lara del desmayo,
Retirarle de allí Nuño dispone;

Y él y Mudarra del sillón asiendo,
Al palacio lo suben. Varios hombres
De cuenta, el Arcipreste y los hidalgos
Le siguieron en pos. Zaide la órden

De entrar en el gran patio da á los suyos,
Y Nuño, de que al punto se coloquen
En el postigo aquel dos hombres de armas
Y que á la multitud el paso estorben.

De gran dicha la luz inesperada,
De gran desastre el impensado golpe,
Hacen por lo común el mismo efecto
En el sensible corazón del hombre;

Que es, sorprenderlo y embargarlo todo,
Confundiendo su aliento y sensaciones
En tan hondo estupor, que hasta peligro
Hay de que en muerte súbita se torne.

Así el anciano Lara, en el momento
Que de su confusión pasó el desórden,
Y conoció que estaba en su presencia
El hijo aquel, de sus afanes norte;

Exánime cayó, y en largo rato
Más insensible que el helado bronce,
Ni el labio alienta, ni los brazos mueve,
Ni á las personas que le cercan, oye.

En un salón sobre su tosca silla,
En que tiembla tan sólo se conoce,
Y en el calor de sus flexibles miembros,
Que aún sangre y vida por sus venas corren.

El Arcipreste confundido apela
A salmos y á devotas oraciones;
Vinagre y agua en el marchito rostro
Esparce Nuño; viejos servidores

Desatentados giran; y en el seno
De Zaide afligidísimo se esconde
Mudarra, hundido en el terror. Muy pronto
La agitación universal calmóse,

Viendo moverse al respetable anciano,
Y que el letargo, que le oprime, rompe,
Pues lanzando un suspiro, de repente
Se incorpora, vivísimos colores

Dando á su faz, y en derredor tendiendo
Los brazos exclamó: «¿Dónde está, dónde
El hijo de mi amor?—Aquí, á tus plantas,»
En ellas arrojándose veloce,



Le respondió Mudarra. Y el anciano
A buscarle inclinándose, estrechóle
Contra su seno, alzándolo de tierra,
Y, «Ven, le dijo, ¡oh dulce prenda!... ponte,

»Siéntate en estas débiles rodillas,
Pues les da el cielo bienhechor que gocen
El dulce peso de mi amado hijo:
Reclínate en mi pecho, y que recobre

»Con tu fuego calor... ¡Hijo del alma!
¿Hay más feliz que yo nadie en el orbe?...
¡Hijo mio!... ¡mi bien!... ¡hijo! Mi labio
Saber no quiere articular tu nombre:

»Diego, Martín, Fernando, Suero, Enrico,
Veremundo, Gonzalo... aquel que brote
De estos primero mi memoria, el tuyo
Será, y feliz en mis delirios logre

»En tí á los siete recobrar.» Diciendo
Así, cubría del hermoso jóven
Con lágrimas y besos el semblante;
Mas cesó de repente y anublóse

Su venerable faz, alzó los brazos,
Y con voz que partió los corazones,
«¡Oh cielos! exclamó; dadme la vista
Un momento, no más, no más... que logre

»Ver yo, sólo un instante, al hijo mio,
Y vuelva á hundirme en sempiterna noche.»
Quedó en silencio, y en silencio todos
Los presentes tambien. Pero tornóse

De nuevo el padre al hijo idolatrado,
Otra vez en su seno reclinóle,
Respirando su aliento embebecido;
Y con las manos trémulas, que entónces

El oficio llenaban de la vista,
Le palpaba del rostro las facciones,
La robusta cerviz, los anchos hombros,
Y los nervudos brazos. Reconoce

El traje musulman, y, «oh Dios, prorumpe;
Nacido del pecado en los errores,
No quiero verle hasta que vuestro sea.
Al venir á mis brazos, ¿fué tu norte,

»Hijo, la santa fe de tus abuelos?...
¿Vienes para abjurar la secta torpe,
Que, ¡infelice! profesas?»—«Padre mio,
Le responde Mudarra, que hasta entónces

Embargado de gozo y de ternura
Apénas alentó: no reconoce
Más voluntad mi pecho que la vuestra;
Obedeceros es mi único norte,

»Mi solo afán el ser vuestro consuelo;
Y vengándoos de pérfidos traidores,
Vuestra inocencia demostrando al mundo,
La gloria restaurar de vuestro nombre.»

Tembló el anciano al escuchar al hijo:
De gozo y de terror su faz cubrióse
Alternativamente; y en un punto
Brillaron los fulgentes arboles

De esperanzas altísimas en ella,
Y del espanto y desaliento atroces
Las pavorosas nubes la cubrieron.
Quedóse mudo un breve espacio, inmoble.

Mas triunfando en su pecho las ideas
De religion, ó acaso los temores
De aún perder aquel hijo inesperado,
De nuevo entre sus brazos estrechóle,

Cual si esconderle en ellos pretendiera;
Y girando la faz sin vista, donde
Se pintaba el horror de quien en torno
Los puñales descubre y gritos oye

De alevos asesinos, que venganza
Escuchando anunciar, tiemblan y corren
A exterminar al vengador, ocultos
Entre las densas sombras de la noche;

«No pienses tal, mi bien; nunca, hijo mio,
Le contestó con penetrantes voces:
¡Exponer tu existencia por vengarme!
Jamás, jamás... ¿Qué importa de los hombres

»La opinion, si los cielos mi inocencia
Y mi lealtad, y mi honradez conocen?
No quiero, no, venganzas, hijo mio,
Funestas siempre á quien tras de ellas corre.

»Perdonados están mis enemigos:
Perdonados están. ¡Dios me perdone
Como yo los perdono, hijo del alma!...
¿Tú exponerte? jamás!!!—Padre, responde

»El gallardo mancebo, padre mio!...
¿Y vengo á pronunciar tan dulce nombre,
Para que el hijo del traidor me llamen,
Y ser ludibrio y maldicion del orbe?

»¿Para al triunfo servir de la impostura,
Y perpetuar, en vez de sangre noble,
Una sangre afrentada, envilecida?...
¿Para heredar en fin esos borrones,

»Que de este alcázar la fachada enlutan
Gritando *infamia* con eternas voces?»
Se escandeció la faz del ciego Lara
Al escuchar al generoso jóven,

Cuyas palabras como rayos fueron
Que penetrando en el helado bosque,
Por más que esté de nieves abrumado,
Lo incendian al momento. Estremecióse

Gustios de Lara: el fuego de su hijo
Fulminante abrasó su pecho noble;
Y la resignacion ó indiferencia,
Que el padecer, la edad, las aflicciones,

La religion, y hasta el despecho mismo
Dieron á su alma helada, disipóse,
En aquel tiempo renaciendo en ella
El amor á la gloria. De su nombre

La infamia y el baldon de su familia,
Que ya en él no concluye, y los horrores
De su afrentosa situacion de pronto
Descubre, y asombrado reconoce;

Y que ni hijos, ni bienes, ni descanso
La deshonor compensan.—Encaróse
(Cual pudiera gozando de la vista)
Con Mudarra, del seno separóle,

Poniéndole ambas manos en los hombros,
Y dijo en voz solemne: «¿Eres tú, oh jóven,
Ministro de las iras del Eterno?
¿Será tu esfuerzo tal, dí, que me borre

»Esos signos de afrenta, y que restaure
De mi familia el calumniado nombre?...»
No pudo proseguir; fué harto violento
El cambio repentino de pasiones

Que su cascado corazon sintiera.
Agitacion terrible conmovióle,
Y embargada la voz, convulso todo,
En el cuello del hijo reclinóse.

Tomando la palabra en aquel punto
Zaide, el prudente Zaide, que hasta entónces
En ternísimas lágrimas deshecho,
Mudo, cual los demás espectadores,

De hijo y padre la escena contemplaba,
Prorumpió en firme acento: «Reconoce,
Oh Lara insigne, al que en tus brazos tienes
Cual mensajero del Autor del orbe.

»Él te lo envía á demostrar al mundo
Que nunca deja impunes los atroces
Crímenes, y que siempre á la inocencia
Da su eterna justicia vengadores.

»El cielo con prodigios lo ha mostrado,
Y alto principio ha dado ya este jóven
A su santa mision. Sí, Gustios Lara,
Para que le dé cima y la corone,

»A tus plantas lo traigo. Es hijo tuyo;
Mas sólo fuera un infortunio enorme
Un hijo, en tus terribles circunstancias,
Si de tu casa, de tu gloria y nombre

»Restaurador no fuera. Ánimo, amigo:
Hijo y vengador tienes. Lo dispone
Así el Omnipotente, y sus decretos
Se cumplen á despecho de los hombres.»

Al acento de Zaide, recobrado
Tornó en sí Lara, y extendiendo, adonde
La voz oyó, los brazos, «¡Zaide, grita,
Mi generoso Zaide!... llega, corre

A abrazarme... Despues de á Dios, amigo,
A tí sólo deudor se reconoce
Este anciano infeliz de la alta dicha,
Que fin á todos sus desastres pone.

»Llega á mis brazos, vuela... Y tú, fiel Nuño,
Ven y estrecha en los tuyos á este jóven.
Hermano es ¡ay! de aquellos que educaste;
Reciba tambien este tus lecciones.

»Vos, ¡oh Arcipreste! al Dios de tierra y cielo
Con sacros himnos y con santas voces
Gracias solemnes dad, y suplicadle
Que á este hijo de mi amor nunca abandone.

»Y vosotros, oh ilustres caballeros,
Mis parientes y fieles servidores,
Ved al que el brazo del Señor me envía
Para heredero de mi casa y nombre.

»Reconocedle como á tal: de Salas
Será, como lo fueron sus mayores,
El padre y defensor; y vuestros hijos
La victoria hallarán tras sus pendones.»

Dijo el anciano: enmudecido Zaide
En sus trémulos brazos arrojóse:
Nuño con gran cariño de Mudarra
Besó la ardiente faz. El sacerdote

Al arteson las palmas levantando,
En un *Te Deum* prorumpió; y al jóven
Cercando los hidalgos y escuderos,
Hincada una rodilla, en altas voces

Le rinden de lealtad el homenaje,
Y futuro señor le reconocen
Del estado de Salas: ofreciendo
La antigua estancia, á media luz entónces,

Un cuadro digno de que el gran Velazquez,
Gloria de los pinceles españoles,
O el insigne Rembrandt, ejercitaran
En él su ingenio y mágicos colores.

Referir del anciano y ciego Lara
Las palabras y varias sensaciones,
Al recibir el misterioso anillo,
Que el discreto mancebo presentóle,

Reconociendo al punto con el tacto
Sus combinadas piedras y labores;
Y contar el horror, pasmo y asombro
Que muestra, cuando á Zaide contar oye

Del tirano Giafar la horrenda muerte,
Primera hazaña del mancebo noble;
Y su llanto pintar y desconsuelo
Al escuchar, pues fué terrible golpe

Para su corazon, que no existia
El astro de sus últimos amores;
Y repetir de Zaide y de Salido
Los recuerdos, preguntas é ilusiones;

Y del docto Arcipreste las arengas;
De las dueñas y antiguos servidores
Del palacio el contento y esperanzas;
Y las patrañas necias y discordes

Que en Salas discurrieron aquel día,
Fuera perderse en intrincados montes,
Y navegar un piélago insondable,
Sin hallar puerto, ni encontrar el norte.

—Ya el sol hacía el ocaso declinaba
A esconderse en nevados horizontes,
Cuando nuevo rumor nació en la villa,
Y nueva confusion en ella alzóse,

Llegando hasta el palacio el vago estruendo
De festivas carreras y de voces,
En que, si ántes sonaba *moros, moros*,
Ahora sólo se escucha *¡el Conde! ¡el Conde!*

El nuevo soberano de Castilla,
Fernan-Gonzalez de glorioso nombre,
A gozar de aquel día delicioso,
Tregua del crudo invierno, por los bosques

Y llanuras que Salas señorea,
Corriendo galgos y volando azores,
Con sus pajes andaba y ballesteros,
Y con lo más granado de su corte.



Rui-Velazquez tambien le acompañaba;
Pues aunque ni el favor ni gracias goce
De su nuevo señor, áun el gobierno
Conserva del Estado; porque á un hombre,

Que con tan gran poder por tantos años
Rigió las riendas de él, en el desórden
De aquellos tiempos, peligroso fuera
Intentar arrancárselas de un golpe.

Gozaba pues del campo los placeres,
Y de abundante caza el nuevo Conde,
Por aquellos contornos; cuando el eco
Con que los huecos y agitados bronces

Tocaban á rebato resonantes
De la iglesia de Salas en la torre,
Escuchó con sorpresa. Luégo al punto
Los fugitivos pálidos que al monte,

Se refugiaban, diéronle la nueva
De que los Sarracenos invasores
Atacaban la villa. Con desprecio
La recibió al principio: por entónces

Reinaba paz, y la frontera estaba
Léjos, y defendida de agrios montes
Erizados de nieve. Pero llegan
Más y más fugitivos, que conformes

La noticia repiten, y la afirman
Los lejanos lamentos y clamores,
Que ensordecen la atmósfera, mezclados
De las campanas con los recios sonos.

Se enardeció del gran Fernan-Gonzalez
La sangre juvenil y el pecho noble,
Al pensar que tan cerca de sí tiene
Al enemigo del cristiano nombre;

Y de su alto valor arrebatado,
Valor que en aquel siglo fué del orbe
Admiracion, y que en el nuestro aún vive,
En fama duradera más que el bronce;

Quiere á Salas volar. A los moneros
Y á los pajes reuniendo, se dispone,
Sin más armas que sólo su venablo,
A embestir con los moros invasores.

Velazquez y los otros caballeros
De edad madura y de experiencia, acordes
Tan ciego ardor prudentes desaprueban;
A su gallarda decision se oponen,

Hasta tener noticias más exactas;
Consiguen contenerlo, y á galope
Un escudero diligente envían,
Que llegue á Salas, y que lengua tome.

Quedó entre tanto, á su pesar, el fuego
De su alma noble conteniendo el Conde,
Como el lebrél gallardo en la trailla,
Cuando ve al jabalí cruzar el monte.

Pronto cesó el clamor de las campanas,
Y el estruendo lejano; por el bosque
No se vieron cruzar más fugitivos,
Y todo indicio de terror calmóse.